

Eduardo Mendicutti

FURIAS DIVINAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

EDUARDO MENDICUTTI
FURIAS DIVINAS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2016

© Eduardo Medicutti, 2016

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-246-5
Depósito legal: B.1.849-2016
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.
Impreso por Liberdúplex, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

| | |
|---|-----|
| 1. La guarida | 11 |
| El presupuesto es otra fantasía | 13 |
| 2. Las furias | 27 |
| La Furiosa está furiosa | 29 |
| La Tigresa lo que quiere es divertirse | 44 |
| La Canelita marca siempre sus límites | 61 |
| La Pandereta tiene un novio en multipropiedad | 82 |
| La Divina pone los pies en el asiento | 105 |
| La Marlon-Marlén libra una batalla interior | 121 |
| La Furiosa quiere y no quiere rendirse | 136 |
| 3. El asalto | 155 |
| Delirar y seguir viviendo | 157 |
| <i>Nota del autor</i> | 181 |

El presupuesto es otra fantasía

Las fantasías pueden ser dulces o furiosas; hacer realidad cualquiera de las dos siempre cuesta por falta de presupuesto. Por eso nunca basta con echarle coraje, es imprescindible enloquecer un poco.

Cuando recibí la llamada de Píter pidiéndome que nos viésemos, enseguida pensé que en algún momento hablaríamos de Víctor.

—Muy bien —acepté—. Cuando quieras.

—Cuanto antes, ¿no?

Intenté aparentar que tenía algunas complicaciones de agenda, pero enseguida admití que era absurdo mortificar al chico, cualquiera que fuese el motivo por el que quería verme.

—Puedo mañana por la tarde, a eso de las cinco —le dije—. ¿Te va bien?

—Perfecto. ¿Dónde?

—En mi casa, ¿te parece? Sabes dónde vivo, ¿verdad?

—Claro. ¿Puedo ir con un amigo?

—No será Víctor... —bromeé.

Píter se rió, y adiviné lo que pensaba: «Anda que no te gustaría que fuera Víctor».

No era Víctor, era todo un figurín más o menos de mi edad, algo más alto y más delgado que yo, mucho más alto que Píter, bien conservado, excesivamente bronceado, espantosamente perfumado, con un envidiable pelo canoso demasiado peinado, con un aspecto inconfundible de manicura o de peluquero o de costurero hecho a sí mismo, y con una de esas plumas contenidas que resultan ya tan antiguas y tan enternecedoras. Píter me besó con su permanente alegría de cachorrillo con ganas de jugar, y me presentó a su acompañante.

—Este es Joaquín —dijo, muy formal, pero con una sonrisilla traviesa. Y añadió—: También conocido como la Furiosa.

—Afilado como un cuchillo —dijo, sinuoso, el tal Joaquín, pero no conseguí distinguir si se refería a él mismo o a Píter, o a mí tal vez. Acto seguido, muy solemne, casi recitó—: Joaquín Medina López, para servirle. —Y luego, olvidando de pronto toda contención, con una pluma esplendorosa, añadió—: De nombre artístico, la Furiosa.

Me relajé. A estas alturas, no hay cosa que me estrese más que un hermano de cofradía contenido y enternecedor. Me quedó claro que el figurín, metido en faena —cualquiera que fuese la faena en cuestión—, tenía que ser como una estampida de papagayos virtuosos en el arte de alborotar, de picotear y hasta de lanzar cuchillos afilados.

Píter entró enseguida en materia. La Furiosa y él, y un grupito de amigas muy graciosas y con mucho

arte —casi todas en paro, por supuesto—, tenían un proyecto. El proyecto tenía ya nombre y sitio. Por votación democrática, y casi por unanimidad, habían acordado que se llamaría Garbo, para que contrastase con el Loren, el club que quedaba justo frente por frente, al otro lado de la carretera. El Loren es un club de niñas, o sea, de alterne, y el Garbo sería un escándalo de transformistas, que no travestis, la mayoría más bien camastrones, la verdad, pero todos ellos artistas incomparables y con mucho morbo y mucho gancho. A poco que supieran hacerlo bien, la mitad por lo menos de la clientela del Loren acabaría en el Garbo: por despiste, por curiosidad, por rematar la noche, por cambiar un poco, por divertirse, por gusto, por vicio. De local ya disponían, la antigua casa de los guardeses de la antigua finca Los Portales. Esa finca la expropiaron y la subastaron y la embargaron y la volvieron a subastar y a embargar y ahora a saber en qué manos estaba, pero los antiguos guardeses, los padres de la Pandereta, tenían, a saber cómo y por qué, unos papeles de propiedad de la vieja casa, en realidad cuatro paredes en estado de ruina casi total. Por suerte, entre los artistas incomparables que harían el espectáculo todos los viernes y sábados en sesiones de tarde y noche, y todos los domingos y festivos por la tarde, y las vísperas de festivos por la noche, había de todo: un albañil y pintor de brocha gorda, un jardinero y fontanero, uno que sabía de electricidad, y todos con muy buena mano para la costura. Otros tenían oficios más refinados: la Furiosa,

maquillador a domicilio —ya me lo barruntaba yo—; la Tigresa de Manaos, mozo de comedor —moderno, según él mismo, me dijo Píter, pero mozo de comedor—; el propio Píter, también conocido como la Canelita, porque el chiquillo tira a pelirrojo, es maestro de primaria sin plaza y compositor *free lance* de canciones infantiles, y aficionadísimo al *drag*, claro. Además, para algunas funciones, como artista invitada y discontinua contaban con un ex legionario auténtico, de la Legión auténtica, de nombre artístico la Marlon-Marlén, casado con una mujer auténtica y con tres hijos biológicos auténticos: una rareza, un lujo.

—Fuerte, fuerte, fuerte —dijo Píter.

—Borda la canción francesa auténtica, con un maquillaje muy pálido y muy dramático y vestida ella de negro de la cabeza a los pies —dijo Joaquín.

—Canciones de Édith Piaf y Juliette Gréco —aclaró Píter.

—También borda —dijo Joaquín— el himno de la Legión.

Yo pregunté a Joaquín cómo podía resultar creíble un ex legionario cantando *La vie en rose*.

—Cuestión de fantasía, cariño.

Sólo les faltaba, para que el proyecto fuese una realidad y un éxito rotundo, arreglar los papeles y completar el presupuesto. Y ahí entraba yo.

—Tú sabrás de alguien que pueda arreglarnos el papeleo —dijo Píter.

—Si te refieres a alguien que esté dispuesto a ha-

cerlo gratis, no, la verdad. Pero en cualquier gestoría seguro que os lo pueden llevar bien. El único problema es que eso cuesta dinero.

—Ay, cariño, dinero cuesta todo, qué asco —y la Furiosa se esmeró en que se le notase muy asqueada.

—En realidad —dijo Píter, y sonrió como si estuviera advirtiéndome de que iba a gastarme una broma pesada—, ese es el otro motivo de nuestra visita. ¿No te interesaría poner dinero, como socio capitalista, en el proyecto?

Debí de poner la misma cara que sin duda puse cuando, un par de años atrás, dos osos de aspecto bondadoso y ambos en paro de larga duración, pero vehementes y muy motivados y casados el uno con el otro, me citaron en el café Mamá Inés de Chueca para explicarme que tenían el altruista propósito de crear una fundación para la defensa de los derechos y el bienestar de los miembros de la tercera edad del colectivo LGTBI, con el fin de que nuestros ancianos y nuestras ancianas fueran siempre tratados de una manera respetuosa, cariñosa y digna, y para que no tuvieran que volver a meterse en el armario en alguna residencia a cargo de monjas o de beatorras atravesadas; al final, me pidieron permiso para ponerle a tan emocionante y necesaria fundación mi nombre: Fundación Ernesto Méndez. En aquella ocasión me negué enseguida y con absoluta contundencia, aunque terminaría siendo patrono de la finalmente llamada Fundación Otoño Rosa, que ya hay que tener valor para ponerle a cualquier cosa semejante nombrecito. Pero ahora, ante la acti-

tud entre acharada y desafiante de Joaquín y de Píter —aunque, más bien, de la Furiosa y de la Canelita—, no acerté a negarme con la deseable rotundidad y prontitud. En el fondo, aquel desvarío tenía bastante gracia.

Así que me sorprendí a mí mismo diciendo:

—Bueno, me lo tendría que pensar.

—Si se lo piensa mucho acabará diciendo que no —dijo Joaquín volviendo al usted, pero retador, y entonces me quedó claro que la Furiosa era una furiosa de acción, no una furiosa reflexiva.

—Ella también es fuerte, fuerte, fuerte —dijo Píter, mirando de reajo a su compañera de fatigas—. Y comunista.

—Y ella se ha hecho de Podemos —y Joaquín volvió a poner cara de asco.

Sólo me faltaba que terminaran tirándose cuchillos afilados allí mismo.

—¿Cuánto necesitáis? —pregunté, y sonreí con la intención de darles a entender que no tenía la más remota intención de embarcarme en aquel despropósito. En realidad, no podía dar crédito a lo que estaba haciendo, continuar aquella conversación como si de verdad existiera alguna lejana posibilidad de que pusiera dinero en el «proyecto Garbo».

Píter y Joaquín se miraron como si no se hubieran puesto de acuerdo previamente en la cantidad que iban a pedirme, o como si trataran de acordar sobre la marcha una rebaja que permitiera que la petición prosperase. De pronto, Joaquín hizo un gesto enérgico con la cabeza, y Píter reaccionó al instante.

—Cincuenta mil —dijo.

—¿Cincuenta mil euros?

—Claro, bonita —dijo Joaquín—. No van a ser cincuenta mil pollas en veranillo.

Estaba claro: la Furiosa tenía peligro. Es verdad que había en ella algo levemente antipático, quizás una inflación de sus dotes de mando, pero entendí que una aventura tan explosiva exigía que alguien con mano dura la gobernase y tuviera al mismo tiempo toda la habilidad necesaria para amaestrar aquella aglomeración de estrellas rutilantes, decididas a darlo todo en el escenario más atrevido, más morboso y con más gancho —repitieron más de una vez la letanía— no sólo de toda La Algaida, sino de toda la provincia, o incluso de toda Andalucía la Baja, y hasta de Andalucía entera. Lo razonable era ponerse en lo peor.

—Vamos a arrasar —me prometió Píter.

—¿Cincuenta mil euros a fondo perdido? —quería comprobar si, al menos, habían considerado la posibilidad de que yo recuperase el dinero.

—De perdido, nada —dijo Joaquín, o, más bien, la Furiosa—. Primero, porque nos lo vamos a pasar de muerte; también tú, seguro. Y lo segundo porque, mujer, a lo mejor lleva un poquito de tiempo sacar un beneficio limpio, porque al principio ya podremos darnos con una vara en el tentempié si cubrimos gastos, pero enseguida van a llegarnos los dineros a esportones, te lo digo yo. Ya te digo, a ti también. Te hacemos, si quieres, un huequecito en el elenco para que luzcas todas tus dotes artísticas, que yo sé que las

tienes, cuando te salgan del abanico las ganas de apabullar.

—Ya —dije, desconcertado—. La Marilibros.

—Me encanta —dijo Píter, y parecía realmente entusiasmado—. A todo desparrame le viene bien un toque intelectual. Qué fuerte.

—¿Y no habéis intentado pedir un crédito? —pregunté, tratando de devolver la conversación a un registro un poco menos insensato.

—Lo intentamos. Mejor dicho, lo intenté —dijo Joaquín, y entonces parecía realmente un maquillador a domicilio en busca de financiación—. Fui a mi banco, le expliqué el proyecto a la muchacha que me ha atendido toda la vida, le pedí cincuenta mil euros, me dijo que tenía que elevar la petición a la superioridad, la elevó, y al cabo de una semana me llamó para decirme que la superioridad había considerado desaconsejable concederme el crédito. Así me lo dijo, con esas mismas palabras. Yo, en ese momento, sólo dije: «Vaya por Dios», y colgué. Pero al día siguiente me planté en la sucursal, me fui derecho a la muchacha, ella se quedó como paralizada, yo me puse todo lo señor que soy capaz de ponerme, que es mucho aunque a ratos no lo parezca, y le espeté, bien alto, para que lo oyeran todos: «Puedes decirle a tu superioridad que se meta el crédito por el cáncamo de cagar, y ojalá le llegue la mierda empujada hasta las amígdalas». Y me fui, tan a gusto. Pero estoy seguro de que se ha corrido la voz, así que es tontería ir a otro banco.

Les prometí que lo pensaría de verdad. En realidad, lo único que tenía que pensar era cómo decirles que no de la manera más amable posible. Prefería llamar a Píter al cabo de unos días y decírselo a él, y ahorrarme así las maldiciones gitanas con las que me obsequiaría la Furiosa en cuanto Píter se lo contase. No es que no tuviera el dinero, ni que no pudiera permitirme arriesgarlo en alguna causa más o menos noble y pertinente o incluso en alguna aventura sólo divertida, pero es que aquello era despilfarrarlo en un soberano desvarío.

Desde hacía ya casi un año yo estaba bien, o al menos de eso trataba de convencerme. Aquella historia de amor con Víctor por fin era agua pasada, o eso intentaba demostrarme a mí mismo. Había sido una locura en general feliz, muy desdichada en muchas ocasiones, pero gracias a ella yo había conseguido sentirme joven, sano, atractivo, deseado. A mi edad, más cerca ya de los setenta que de los sesenta, lo adecuado era recuperar la cordura y empezar a recordar los últimos cuatro años con una razonable mezcla de melancolía, gratitud y alivio. Nunca antes había querido a nadie como a Víctor, quizás porque nadie me había querido como él lo había hecho. Por él dejé de votar de pronto a la izquierda verdadera y voté, en dos ocasiones, a la izquierda de garrafón; después, voté de nuevo, una vez, a la izquierda que, además de verdadera, era un jaleo donde todos se comían los unos a los otros; pensé que, de ahí en adelante, me dedicaría a lamerme apaciblemente las heridas. Y a recordar cá-

lidamente a Víctor. Con él, todo fue inesperado, vehementemente, difícil, fácil, gozoso, amargo, radiante. Y muy desigual, y muy estimulante: Víctor tiene treinta y tres años. Por suerte —o de eso trataba de convencerme—, a los tres años de conocernos Víctor aceptó un irresistible trabajo en un colegio de California para enseñar español durante un curso. Un año de relación a distancia —con un paréntesis de apenas quince días que me tomé de vacaciones a destiempo, en febrero, para patear sin mesura y hasta el agotamiento San Francisco y Los Ángeles con él— era demasiado tiempo para salvar lo que, en realidad, ya era insalvable, o eso es lo que todavía me repito una vez y otra. Sé que nuestra bulliciosa y complicada historia de amor tenía que acabar en algún momento, que no tenía mucho futuro, aunque sólo fuese por mi edad. Y así ando desde hace casi un año, con la conciencia de un futuro cada vez más corto.

Pero estoy bien. Muy bien. Perfectamente bien. De verdad.

Ahora dedico muchas horas a espiar cómo se mueve el mar. Doy un largo paseo por la mañana, y otro por la tarde, también los sábados, domingos y festivos. Compro películas y libros por internet. Siempre estoy haciendo planes para volver a Madrid por unos días, pero rara vez encuentro la ocasión o reúno el ánimo suficiente para hacerlo. Ahora, en La Algaida, en esta casa lo bastante alejada de la ciudad para no sentirme aprisionado por la rutina provinciana, estoy tranquilo y procuro disfrutar esa amable calidad de vida que no

tengo por qué confundir con resignación. Procuero escribir un par de horas cada día, salvo sábados, domingos y festivos. Estoy intentando una novela seguramente desproporcionada a mis fuerzas y a mi talento, si es que alguna vez tuve alguno. Víctor ha vuelto de Estados Unidos y parece que anda enredando por aquí con aspiraciones políticas. Me llamó y quedamos en vernos, pero no lo hemos intentado en serio todavía. Lo prefiero así. Por ahora.

De modo que estoy estupendamente bien. De veras.

Durante tres o cuatro días no pensé en la propuesta de Píter y de Joaquín, y Píter no me llamó. Pero una tarde, de vuelta a casa tras el paseo por la bajamar, me sorprendí de pronto riéndome entre dientes. La idea del Garbo era verdaderamente graciosa. Ni loco pensaba invertir tanto dinero sin esperanza alguna de recuperarlo, pero divertirse es una parte fundamental de la vida, y yo estaba divirtiéndome poquísimo desde que Víctor decidió poner un océano por medio. Es cierto que muchos gays más o menos de mi edad, hayan caído o no en la tentación matrimonial con sus novios de toda la vida, y algunos mucho más jóvenes vuelven a buscar emociones excitantes y pasajeras a la antigua usanza. Parece que los pinares que rodean el cerro de Los Ángeles, en Getafe, se llenan de sombras busconas y anhelantes en cuanto anochece. No faltan las parejas estables, quizás con piso, tresillo, thermomix, perro, suegros, cuñados y cuñadas y un montón de sobrinos, que buscan por allí compañía de terceros, una compañía fugaz y revitali-

zadora. Muchos coches llegan desde Madrid a primera hora de la noche y no regresan a la capital hasta el amanecer. Supongo que ni la Furiosa ni el resto de sus colegas están para esos safaris marginales y embriagadores —con la excepción de Píter, sin duda—, pero el Garbo podía cumplir perfectamente el papel incorrecto, alegre y retador de todo buen estimulante. El Garbo podía ser como la mansión de las Furias, el Érobo, o, dicho sin tantas pretensiones, la guarida de la Furiosa y sus muchachas, una guarida jacarandosa y con mucho desparrame. Las locas ingeniosas y destrozadas, ya casi todas en la tercera edad, volvían por sus fueros.

Me concedí un día más para pensármelo mejor y no pensé en ello en absoluto. La última noche de reflexión, en lugar de reflexionar, dormí como un bendito. Por la mañana llamé a Píter.

—Veinticinco mil —le dije—. Ni un euro más.

—Víctor tiene ganas de verte —me dijo él, chantajista.

—Veinticinco mil.

—Con eso nos vamos a quedar a medias, nos hemos salido ya del presupuesto.

—El presupuesto es otra fantasía, guapo.

—La Furiosa se va a enfurecer.

—Que se bañe en tila. Lo dicho: veinticinco mil. Lo tomáis o lo dejáis.

Lo tomaron, naturalmente. El Garbo abrió sus puertas al público el último día de junio del año pasado. Parece evidente que aún no tiene todos los papeles en

regla, pero nadie se ha tomado el trabajo de exigirlos. A veces, esas noches en las que no cabe un cliente más, he rezado plegarias descabelladas y he hecho promesas obscenas a todo el santoral del colectivo LGTBI para que no ocurriera ningún incidente que provocase un tumulto de consecuencias terribles: una pelea, algún imbécil que se sobrepasara con la Furiosa o con cualquier otra de las chicas, un apagón... La Furiosa había acertado en su pronóstico, enseguida empezaron a frecuentar el Garbo clientes del Loren que no se habían divertido lo suficiente con las niñas, por culpa de las estrictas reglas de la dueña del local, decían, o por lo que fuera: soldados americanos de la Base de Rota, señoritos balarrasas de toda la provincia, pescadores o camperitos maqueados los sábados por la noche, forasteros curiosos, lugareños con ganas de probar experiencias nuevas o de buscar entre la apretujada clientela experiencias conocidas, patuleas de muchachos espléndidos y excitados en despedidas de solteros. Yo voy de vez en cuando. La noche de la inauguración, la Furiosa agradeció públicamente a «nuestra mecenas» su —dijo— «discreta pero imprescindible aportación económica a esta empresa tan maravillosa y necesaria en estos tiempos tan desagradables», y obligó al técnico de luces —un muchacho muy apañado que no se mueve de allí cada noche sin antes cobrar los treinta euros que ha ajustado por función— a ponerme el foco en toda la calva para mi mayor bochorno. Después, casi nunca he pasado desapercibido. Alguna vez he invitado a disfrutar del espectáculo y de la con-

currencia a algún amigo que ha pasado por La Algaida, y más de uno ha disfrutado, siempre en un hotel —no quiero problemas en mi casa—, de un soldado yanqui pasado de copas. Todas esas hijas de la noche, todas las estrellas de ese gran espectáculo de arte y fantasía, como dice el anuncio que insertan cada jueves en el periódico local y en el *Diario de Jerez* y el *Diario de Cádiz*, son de veras muy graciosas y casi ninguna encaja con un mínimo de solvencia el *playback* del repertorio más previsible del mundo, salvo las roncas canciones francesas que canta la Marlon-Marlén.

El Garbo no es Víctor, pero sirve como calmante.

Lo que no me podía imaginar era que se organizase la que se ha organizado.